

POLÍTICOS ATROCES

El “people meter” de la política puede arrasar con nuestras esperanzas de convertir a Chile en un país competitivo.

Mario Waissbluth

Septiembre 2002

La Tercera

Estimado Ministro Eyzaguirre: no es que los políticos *sean atroces*. Son mayoritariamente gente decente, capaz y respetable. Lo que pasa es que *muchas de sus conductas son atroces, y hay razones para ello*. Analicemos sus declaraciones en la prensa reciente: líderes demócratacristianos proponen como receta para el despegue que las empresas públicas le compren un tercio de sus productos a las PyMES.... casi un chiste ... sacado de los viejos textos de proteccionismo añejo. Lo que no sería tan chistoso, por cierto, es eliminar la legislación que le da a las Fuerzas Armadas la posibilidad de comprarlo todo afuera sin IVA y sin arancel, con lo cual hay una grave discriminación en contra de la industria nacional grande y pequeña.... millones de dólares comprados en el exterior sin ninguna razón, más de lo que las empresas públicas le comprarían a las PyMES.

Luego, uno lee la polémica de las privatizaciones. Los que están en contra, lo están por razones ideológicas o de defensa de parcelas de prebendas. Varios de los que están a favor, quieren hacerlo para poder farrear la plata rapidito. No se observan argumentos sensatos, como que privatizar no es en si mismo ni bueno ni malo, sino que depende del precio que se consiga; que hay que ver lo que se hará con la plata para no despilfarrar esos activos, como algunos derechos de agua que se vendieron por allí; y que el sector privatizado quede con una regulación adecuada para impedir escenas como las de antaño.

Sigue uno ojeando, y lee a varios gurús del derechismo sobreideologizado clamando una vez más que LA RUTA para el despegue económico, con mayúscula y reiteración agobiante, es la flexibilización laboral y la reducción tributaria. Interesante. Olvidan comentar que la carga tributaria de Chile como porcentaje del producto geográfico bruto es una de las más bajas del mundo.... y tengo la seria sospecha de que, aun si incineráramos el Código del Trabajo completito, nuestro producto geográfico y el empleo no crecerían ni un solo punto más. No es que yo pida más impuestos, y creo que la flexibilización laboral es muy buena, pero ninguno de los dos temas va a resolver el asunto de fondo: los únicos elementos que en el largo plazo le van a dar empleo decente a los chilenos son nuestra competitividad internacional, la calidad y precio de nuestros productos, y la calidad de la educación de la población, cuyo SIMCE promedio disminuyó dos puntitos netos desde el 98, por más que le busquemos el adorno y la quinta pata del gato a los resultados.

En cambio, no logro leer declaraciones del tenor que Chile podría ser una potencia mundial exportando carne de cordero en cajas de porciones exactas y bien presentadas generándose miles de empleos en una despoblada zona del país. No hay ninguna empresa privada que, por si sola, pudiera abordar este desafío. Requeriría de una verdadera conspiración público – privada para a) traer o desarrollar mejores variedades genéticas, b) generar la red de transporte y logística necesaria, c) desarrollar las tecnologías de manufactura, calidad y trazabilidad de origen, y d) generar la “marca Chile” y los canales de comercialización en el extranjero. Lo mismo podríamos hacer con la carne de cerdo, con excelentes ventajas comparativas de tipo sanitario y costo. Claro, estos temas son lateros, de largo plazo, tienen poco que ver con la soñada flexibilización laboral, y por otro lado a muchas de nuestras ortodoxas autoridades macroeconómicas esta conspiración les parecería un intervencionismo estatal inaceptable.

Se puede hacer un planteamiento similar con nuestro humilde “chorito”. Podríamos inundar Bélgica (cuya curiosa dieta incorpora este molusco en cantidades impresionantes) y el resto de Europa con esta delicia... pero enfrentamos los mismos obstáculos arriba mencionados. Además, no sabemos ni cómo se llaman los que lo comercializan, y las concesiones de agua siguen demorándose años en ser otorgadas. Súmele las papayas, los peces planos, el atún de alta calidad cultivado en balsas que se vende en el terminal pesquero de Tokio en *más de 3000 dólares por cabeza*, las cerezas frescas que se venden *a dólar la unidad*, la madera procesada con valor agregado y muchos más.

El vino es caso aparte. En la escala mundial de precios, el segmento *más bajo* es el de 2 a 5 dólares el litro. Y nuestro tintolío se vende en el exterior a 2 dólares promedio, lo bajo dentro del segmento bajo. Nos falta otra gran conspiración público – privada para posicionar internacionalmente este devaluado y excelente producto. Nuestras empresas en todos los sectores, por cierto, deben competir con empresas norteamericanas, asiáticas y europeas a las cuales el estado les regala el 30 a 40% de su gasto en investigación y desarrollo, les regala la totalidad de sus promociones y estudios internacionales de mercado, y les da créditos y garantías de exportación a tasas de 3% . Economías de mercado, les dicen.

Estoy con el Ministro Eyzaguirre cuando ataca a los populistas, que tanto daño han hecho en Latinoamérica. De cada experimento populista de las últimas cinco décadas, del sabor que sea, es un hecho documentado que los pobres han salido más pobres. También opino como él, cuando dice que los dictadores son peores que los políticos. Pero no estaría mal copiar el modelo de la dictadura pasada en un detallito rescatable: las heterodoxas, planificadoras e imaginativas medidas que adoptaron, por ejemplo, cuando se detonó el desarrollo forestal de Chile.

Nuestros políticos no son atroces, sino que están manifestando conductas atrocemente sobreideologizadas y populistas, en la búsqueda de parches curita de corto plazo que les permitan lidiar con un fenómeno que está modificando estructuralmente la política del siglo XXI: tal como el uso indiscriminado del “people meter” está destruyendo la calidad de la televisión, los codazos entre partidos de una misma coalición y el “people meter” de la política pueden terminar por arrasar con nuestras esperanzas de convertir a Chile en un país moderno, en una potencia alimentaria de clase mundial, en suma, en un país de gente con empleo estable y bien remunerado. La historia chilena de comienzos del siglo XXI podría parecerse a la de los comienzos del siglo XX ... cuando la oportunidad nos la farreamos en grande.